













*no*: es preciso aprender que hay cosas que están mal y cosas que están bien. Es necesario advertir que no todo se vale. Es menester estar convencidos de que hay cosas que no se hacen<sup>16</sup>.

Para terminar, es preciso distinguir entre *ser profesional* y *ser profesionista* o tener una profesión (que en nuestros días casi siempre corresponde a poseer títulos y grados). La diferencia la establece, como hemos tratado de mostrarlo, distintas formas de compromiso del trabajador. *Tener una profesión* es mantener un compromiso con un determinado saber teórico y práctico y con los demás. Este compromiso con los demás es manifiestamente de carácter social, y se puede cumplir con el servicio social que ofrece la profesión. En cambio, *ser profesional* es algo que no sólo tiene que ver con habilidades o conocimientos y estudios realizados, sino también con una peculiar forma de responsabilidad: *ser profesional* en la realización de un trabajo significa que uno es capaz de mantener un compromiso más fuerte y firme **con lo que hace, con la manera en que lo hace**, que con cualquier otra cosa (relacionada con nuestra propia subjetividad o la de alguien más). En este compromiso toma cuerpo el sentido ético del trabajo. El carácter ético del trabajo es lo que debe quedar en el primer plano de estas aclaraciones. La *ética del trabajo, de cualquier forma de trabajo* (un quehacer, una tarea, un oficio, el desempeño de una profesión...), consiste simple y llanamente en **hacer bien lo que se hace** (independientemente de sueldos y ganancias, de premios y recompensas).

No está de más insistir: *La ética profesional*, por supuesto, incluye este sentido ético del trabajo, pero implica un mayor compromiso ético o moral<sup>17</sup>, ya que el profesionista, al adoptar como su profesión (o sea, como su forma de vida) un determinado trabajo, adopta libre y conscientemente el *ethos* de este quehacer, es decir, el fundamento ético que hace posible una específica forma de *praxis* huma-

na. El saber científico o filosófico, por ejemplo, requieren del principio vocacional<sup>18</sup> que exige una actitud desinteresada (amorosa<sup>19</sup>) por la verdad. Este principio representa el *ethos* de esta profesión. El médico no puede ser médico sin fundar sus conocimientos en el amor incondicional e insobornable por la vida humana. Esta forma de amor por el otro constituye el *ethos* de la medicina. El científico renuncia por siempre a la falsedad y a la mentira; mientras que al médico le repugna todo lo que está relacionado con la muerte o la destrucción de lo humano. Estas formas de compromiso ético, de *ética profesional*, no las consigue y las sostiene un título o unos grados académicos, sino una forma de ser, una decisión de ética profesional, la adopción de un *ethos*, que no puede abandonarse *sin dejar de ser lo que se era*<sup>20</sup>. Esto mismo vale para cualquier profesión que, como tal, encuentra su razón de ser última en un *ethos* vocacional, que naturalmente exige una ética profesional: una responsabilidad moral<sup>21</sup> inherente al ser y el hacer, o sea, a lo que se es y a lo que se hace.

<sup>16</sup> Cfr. E. Nicol, "Notas sobre la educación moral", ed. cit.

<sup>17</sup> Aquí también podemos tomar los términos como equivalentes en su significado.

<sup>18</sup> Cfr. E. Nicol, *Crítica de la razón simbólica*, Fondo de Cultura Económica, México, 1982 (véase el cap. VI: "El principio vocacional y el ethos de las ciencias").

<sup>19</sup> Los griegos dirían *de philia* por la *sophía*.

<sup>20</sup> Cfr. Eduardo Nicol, *Crítica de la razón simbólica*, Fondo de Cultura Económica, México, 1982.

<sup>21</sup> Comportamiento moral profesional que suele ser orientado por los códigos de ética profesional.

